

8. La Preeminencia de Cristo

Material bíblico: Gén. 1:26, 27; Col. 1:15–20; Juan 1:1–3; Ef. 1:22; 1 Cor. 12:12–27; 1 Cor. 4:9; Rom. 6:3, 4.

Citas

- ¿Quieres saber si alguna iglesia está llena del Espíritu, si alguna predicación está llena del Espíritu, si alguna música está llena del Espíritu, si tu don está operando? Pregunta: "¿Está dando preeminencia a Jesucristo?" Eso es. Adrian Rogers
- Él [Pablo] comenzó exaltando a Jesucristo y mostrando Su preeminencia en cinco áreas: el mensaje del evangelio, la redención, la creación, la iglesia y el propio ministerio de Pablo. Warren W. Wiersbe
- El orgullo es el yo contendiendo con Dios por la preeminencia. Stephen Charnock
- Cristo no es valorado en absoluto, a menos que sea valorado por encima de todo. Agustín
- Cristo es Señor de todo o no es Señor en absoluto. James Hudson Taylor
- Jesús es un pozo sin fondo de suficiencia para cada necesidad que tengas —nunca agotarás Su provisión, nunca agotarás Su gracia, nunca Su amor se desgastará. Dustin Bengtson

Preguntas

¿Por qué es importante la preeminencia de Cristo? ¿Cómo demostramos mejor esto en nuestras vidas? ¿De qué manera está Cristo por encima de todo? ¿Tiene esto que ver con el poder y la fuerza? ¿De qué maneras fallamos en hacer a Cristo supremo? En términos del gran conflicto, ¿fue el conflicto entre Lucifer y Dios por la supremacía? ¿Cómo gana realmente Dios?

Resumen bíblico

Génesis 1:26, 27 nos dice que fuimos hechos a la imagen de Dios. Colosenses 1:15–20 es una descripción asombrosa del Cristo eterno, que está por encima de todas las cosas. Juan 1:1–3 es el prólogo del evangelio de Juan que hace referencia al Verbo preexistente. Todo está sujeto a Cristo (véase Efesios 1:22). 1 Corintios 12:12–27 afirma que somos las muchas partes que componen el cuerpo de Cristo. Somos un espectáculo para el universo (1 Corintios 4:9). Somos bautizados en la muerte y resurrección de Cristo (véase Romanos 6:3, 4).

Comentario

Cuando se trata del conflicto cósmico, a veces podemos preguntarnos por qué Dios no actuó más “decisivamente” —tomar poder y control, y dictar lo que debería suceder. Pero este no es el problema fundamental del conflicto. Nadie, ni siquiera el diablo, ha disputado que Dios es todopoderoso. De hecho, esa es una de las acusaciones: que Dios es todopoderoso y, por lo tanto, es un dictador, un tirano, un déspota que gobierna por la fuerza. Así que no se trata de que Dios revele su asombroso poder para imponer obediencia a su voluntad autocrática.

A veces, Dios ha usado el poder, como registra la Biblia. Sin embargo, tales acciones no logran lo que Dios quiere: acuerdo sobre la verdad y la justicia, una relación basada no en el miedo sino en el amor. Porque cuando se trata de poder y fuerza, incluso los demonios creen. Pero tiemblan simplemente reconociendo la supremacía de Dios en poder. Dios dice muy claramente que lo que él quiere no es con ejército, ni con fuerza, sino con su espíritu (véase Zacarías 4:6) —la persuasión que proviene del tercer miembro de la Deidad que convence y guía a toda verdad.

En última instancia, Dios es reconocido como supremo. No principalmente en poder, sino en términos de Su carácter y acciones, Sus virtudes —sobre todo Su amor abnegado.

Cristo es preeminente por quien es y por lo que ha hecho. En esta introducción a su carta, Juan utiliza algunos conceptos interesantes. La idea central es “*la Palabra de vida*”. Claramente, esto es parte de toda su idea del Verbo preexistente (Juan 1). Esto es también “*la vida, la eterna*” (versículo 2). Entonces, ¿qué debemos entender por esta “*Palabra de vida*”? Seguramente es la Palabra que trae vida, la misma fuente de vida que Aquel que sopló en Adán el aliento de vida. Él es el mismo poder dador de vida, el *Alfa y Omega*, quien es la resurrección y la vida. Esto es lo que anuncia Juan: la verdad sobre la *Fuente de vida del universo*, en contraste con todas las mentiras que el *Acusador* ha contado contra Dios como parte de su campaña de difamación. Con absoluta convicción y entusiasmo sin aliento que no se ha atenuado a lo largo de los años desde que Jesús ascendió, Juan testifica del hecho de que Jesús, la Palabra de Vida, se hizo uno como nosotros para que pudiéramos conocer a Dios, creer en Él y ser salvos para vida eterna.

El prólogo del evangelio de Juan (1:1-18) presenta el escenario universal del *Gran Conflicto*. Si bien nos preocupan particularmente nuestros propios problemas —sobre todo, nuestra propia salvación—, Juan introduce la visión más amplia que incluye a todo el universo expectante. La preexistencia del Verbo fue lo más importante, especialmente para aquellos a quienes escribía, y sigue siendo esencial para la comprensión de Jesús y su misión. Entonces, ¿qué es este “*Verbo*”, y qué significa? Y en una cultura que veía lo físico como maligno, ¿qué significó que el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros?

Si bien estos versículos son maravillosamente hermosos, una imagen poética que apela a nuestros sentidos estéticos, su objetivo principal es transmitir verdades profundas. Hablan de la preexistencia del Verbo, explicando que, si bien Él vino en forma humana en un momento del tiempo humano, el Hijo no fue un ser creado o inferior. Esto es especialmente importante, no por la razón que a menudo sugerimos —que solo Dios podría ser un sacrificio perfecto— sino porque solo Dios podría revelar verdaderamente a Dios.

Estos versículos también establecen la condición de Creador. Para los oyentes de Juan, esto fue particularmente significativo, ya que el mundo físico era visto negativamente. También es importante para nosotros hoy, ya que aquí se declara que el Universo no es el resultado de fuerzas físicas deterministas.

Jesús es absolutamente claro acerca de Su preexistencia y divinidad. Tantas veces en el evangelio de Juan se identifica a sí mismo como el que vino —de arriba, del que lo envió, etc. Además, existen las numerosas declaraciones “Yo Soy” que revelan Su identificación con Dios, y que Sus oyentes entendieron de esa manera. Este es el *Cristo preexistente y preeminente* en forma humana.

Comentarios de Elena G. de White

"Antes que Abraham fuese, *Yo soy*". Cristo es el Hijo de Dios preexistente y autoexistente. El mensaje que Él le dio a Moisés para los hijos de Israel fue: "Así dirás a los hijos de Israel: *YO SOY* me ha enviado a vosotros."... Al hablar de Su preexistencia, Cristo lleva la mente a través de épocas sin fecha. Nos asegura que nunca hubo un tiempo en el que Él no estuviera en estrecha comunión con el Dios eterno. Aquel a cuya voz los judíos estaban escuchando entonces había estado con Dios como uno criado con Él.

Las palabras de Cristo fueron pronunciadas con una dignidad serena y con una seguridad y poder que enviaron convicción a los corazones de los escribas y fariseos. Sintieron el poder del mensaje enviado del cielo. Dios estaba llamando a la puerta de sus corazones, suplicando entrada (*The Signs of the Times*, 29 de agosto de 1900).

Él era igual a Dios, infinito y omnipotente. Él es el Hijo eterno y autoexistente.

En Cristo hay vida, original, no prestada, no derivada. «El que tiene al Hijo, tiene la vida» (1 Juan 5:12).

La divinidad de Cristo es la seguridad del creyente de la vida eterna. "El que cree en mí", dijo Jesús, "aunque esté muerto, vivirá; y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá jamás". Cristo aquí mira hacia el tiempo de Su segunda venida. {LHU 17}

Cristo mismo era el Verbo, la Sabiduría de Dios; y en Él, Dios mismo descendió del cielo y se vistió con los ropajes de la humanidad. Se involucró en el misterioso conflicto con Satanás y sus huestes, para que el hombre pudiera entender los elevados temas de la verdad. Rescató la verdad de la compañía del error y la envió libre al mundo. {RH 1 de febrero de 1898}

Preparado el 9 de enero de 2025 © Jonathan Gallagher 2025